



August 19, 2018

Twentieth Sunday of Ordinary Time

"Just as the living Father sent me, and I have life because of the Father, so also the one who feeds on me will have life because of me."—John 6:57

Dear Friends;

The meaning of Jesus Christ begins with his incarnation—his coming as a human being. Jesus awakens us to the reality of the presence of God which is found everywhere in everything. The idea that the Christ is present in the bread and wine of our Holy Meal is a logical conclusion to the mystery of his incarnation.

God is present in creation itself, uniquely in the human body of the historical Jesus, to the risen human body of Christ that we all are, to the very elements of the earth from which we form bread and wine, God is present. God is both hidden and revealed in our concrete and material world. God is either in all things or God is in nothing. If we deny that the spiritual can enter the material world, we are in trouble because as humans we are both fully spiritual and fully material beings.

The old catechism in question sixteen asked, "Where is God?" The answer is "God is everywhere." In other words there is no place to go where God is not. We cannot, *not* be in the presence of God. Where would we go? Psalm 139 (verses 7-10) tells us if we were to fly up to the heavens or sink under the earth we still could not escape God's presence. The incarnation of Christ tells us precisely that God has chosen to live in and amongst our material world.

Trying to focus on the presence of God everywhere all the time is difficult. In Jesus we have a specific place where we experience the truth of God dwelling with us in the material world. And as we wrestle with that mystery we hopefully come to realize that God also dwells in us.

In the Eucharist we can slowly awaken to the Divine Presence in one place, in one thing in one focused moment. When the priest holds up the bread and cup we are saying, "*See it here, believe it here, get it here, and trust it here.*" This is a mystery that we need to come to know on a physical level and that we share it with others. We keep eating and drinking the mystery of the Divine Presence until we realize, "we are what we eat!"

Unfortunately, many recognize the Divine Presence in the Eucharist, but never really understand that it is everywhere—which is the whole reason for it. As Fr. Richard Rohr OFM comments,

"They don't seem to know how to recognize the Presence of God when they leave church, when they meet people who are of a different religion or race or sexual orientation or nationality. They cannot trust that every person is created in the image of God. Jesus spent a great deal of his ministry to break down the false distinctions between "God's here" and "God's not there." He dared to see God everywhere, even in sinners, in enemies, in failures, and in outsiders."

We are the risen Body of Christ. We have the life and dignity of God flowing through our very existence even if we do not realize it. And so does every other person in the world. In the Eucharist we are nourished, guided and empowered for our journey of faith. Sometimes it takes us a while to awaken to the presence of God all around. Fortunately God is patient.

Peace,

Fr. Ron



19 de Agosto, 2018

Vigésimo domingo en Tiempo Ordinario

"Así como el padre vivo me envió, y tengo la vida por el padre, así también el que se alimenta de mí tendrá vida por mí." — Juan 6:57

Queridos Amigos;

El significado de Jesucristo comienza con su encarnación — su venida como ser humano. Jesús nos despierta a la realidad de la presencia de Dios que se encuentra en todas partes en todo. La idea de que el Cristo está presente en el pan y el vino de nuestra Santa Comida es una conclusión lógica del misterio de su encarnación.

Dios está presente en la propia creación, únicamente en el cuerpo humano del Jesús histórico, al cuerpo humano resucitado de Cristo que todos somos, a los mismos elementos de la tierra de los que formamos el pan y el vino, Dios está presente. Dios está oculto y revelado en nuestro mundo concreto y material. O está Dios en todas las cosas o no está en nada. Si negamos que lo espiritual puede entrar en el mundo material, estamos en problemas porque como seres humanos somos tanto seres completamente espirituales como totalmente materiales.

El viejo Catecismo en la pregunta dieciséis preguntó: "¿Dónde está Dios?" La respuesta es "Dios está en todas partes." En otras palabras, no hay lugar adonde ir donde esté Dios. No podemos, *no* estar en la presencia de Dios. ¿Adónde iríamos? Salmo 139 (versículos 7-10) nos dice que si volamos hasta los cielos o nos hundimos bajo la tierra, aún no podíamos escapar de la presencia de Dios. La encarnación de Cristo nos dice precisamente que Dios ha escogido vivir dentro y entre en nuestro mundo material.

Tratar de centrarse en la presencia de Dios en todas partes y en todo tiempo es difícil. En Jesús tenemos un lugar específico donde experimentamos la verdad de Dios morando con nosotros en el mundo material. Y mientras luchamos con ese misterio, esperamos llegar a darnos cuenta de que Dios también habita en nosotros.

En la Eucaristía podemos despertar lentamente a la presencia divina en un solo lugar, en una cosa en un momento enfocado. Cuando el sacerdote sostiene el pan y la copa estamos diciendo, *"véanlo aquí, créanlo aquí, consíganlo aquí, y confíen en él aquí."* Este es un misterio que necesitamos llegar a conocer a nivel físico y compartirlo con otros. Seguimos comiendo y bebiendo el misterio de la presencia divina hasta que nos damos cuenta de que "¡Somos lo que comemos!"

Desafortunadamente, muchos reconocen la presencia divina en la Eucaristía, pero nunca entienden realmente que está en todas partes — la cual es toda la razón para ello. Como comenta el p. Richard Rohr OFM,

"no parecen saber reconocer la presencia de Dios cuando se van de la iglesia, cuando conocen a personas que tienen una religión o raza diferente o una orientación sexual o nacionalidad diferente. No pueden confiar en que cada persona es creada a la imagen de Dios. Jesús dedicó gran parte de su Ministerio a romper las distinciones falsas entre "Dios está aquí" y "Dios no está allí". Se atrevió a ver a Dios en todas partes, incluso en los pecadores, en los enemigos, en los fracasos, y en los forasteros".

Somos el cuerpo resucitado de Cristo. Tenemos la vida y la dignidad de Dios fluyendo a través de nuestra propia existencia aunque no nos demos cuenta. Y también lo hace cualquier otra persona en el mundo. En la Eucaristía somos nutridos, guiados y empoderados para nuestro camino de fe. A veces nos toma un tiempo para despertarnos a la presencia de Dios en todos lados. Afortunadamente Dios es paciente.

Paz,

Fr. Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com